



NUMERO SUELTO 15 CENTIMOS.

Madrid y Provincias.—Mes, 1 peseta; Trimestre, 2'50; Semestre, 5; Año, 10.—Extranjero y Ultramar, 15. Número atrasado, 25 céntimos.

Se suscribe en la Administración, Fuencarral, 119; en la librería de Fe, Carrera de San Jerónimo, 2, y en las demás principales.

LO NACIONAL

Murió el *Espartero* en las astas de un toro. No me alegro, pero tampoco me ha quitado el sueño el accidente. Si de mí hubiera dependido, de fijo que se muere de viejo toreando; pero como no dependió, no voy á llorar por eso.

Algo más he pensado y pienso en la muerte del infeliz que se sube á un andamio para llevar á su familia dos pesetas, y que se cae y deja de llevarse las. ¡Aquella mujer!... ¡aquellos chiquitines sin pan ni abrigo!...

Y pienso en los que sucumben á centenares en las minas; y en el mar; y en los que ejercen oficios malsanos; y en las lavanderas; y en el núcleo de desdichados que trabajan para comer, y que, á pesar de eso, ó precisamente por eso, no comen.

Así, no me han conmovido las lamentaciones de la prensa y del público sobre el trágico fin, sobre la desgracia horrenda... Nada. Me ha parecido muy natural el que un torero quede muerto en la plaza. Si se tratase de un arzobispo, hubiera sido otra cosa.

No; no me han conmovido esas manifestaciones ni me han extrañado tampoco. Pues qué, ¿hemos olvidado ya que cuando Méndez Núñez moría olvidado en Madrid, Madrid entero estaba preocupado porque al *Tato* le iban á cortar una pierna? El pueblo español no varía.

Lo que me ha chocado, no es que la muchedumbre invadiera el barrio donde el cadáver del infortunado torero fué conducido; ni que se disputaran el honor de verle damas, caballeros, chulas y chulos; ni que se repartieran como reliquias sus ropas; ni que se vendieran los puestos de preferencia para mirarle; ni que las imprentas y las litografías apenas hayan hecho otra cosa durante tres días que tirar papel con relatos y monos referentes al *Espartero*; ni que las gentes no hayan hablado de otra cosa; ni que en la conducción del cadáver á la estación para trasladarlo á Sevilla haya habido más curiosos que en el entierro de Alfonso XII, y por de contado millares de veces más que en la de un héroe, un sabio, un patriota; ni que en Sevilla se haya llegado al delirio en el recibimiento hecho al cadáver. No, nada de eso me extraña. Lo que me ha extrañado es que haya habido quien creyera que debió suspenderse la corrida en el momento que murió el *Espartero*.

¡Cómo! ¿Suspender una corrida porque maten á un torero! ¿Qué sentimentalismo ridículo es ese en el pueblo que acudia en masa al escabechamiento de herejes, y que para no tener que levantarse de su asiento á satisfacer las groseras necesidades de la materia y perder así la lidia de fuego de tres ó cuatro, llevaba bota y merienda á prevención? Mucho tenía que haber degenerado la raza para preocuparse, y más en una corrida, por la muerte de un hombre. El español neto, ya es sabido, debe tener pelos ¿qué pelos?, cerdas en el corazón.

La corrida debió continuar, sí; lo repito gritando: ¡debió continuar! ¡Iba Madrid á quedar por bajo de Jetafe, que el año pasado vió morir en su redondel á no sé cuantos sin que perdonara una suerte de capa? Nunca. El muerto á la enfermería, y el vivo al cuerno; y si el vivo asciende á la categoría de cadáver, á la enfermería á su vez, y otro en su puesto. Esto es lo que mandan las leyes, lo que marcan los reglamen-

tos, lo que pide la afición, lo que demanda el sentido... no sé cual; cualquiera, no siendo el común.

Conste, pues, que todo lo he encontrado bien, menos una cosa: que el sentimiento religioso no se manifestara vivo y potente en la plaza, rezando un padre nuestro y un avemaría por el alma del *Espartero* en el instante mismo que se supo que se había separado de su cuerpo. Bien dicen los que dicen que la religiosa va muriendo lentamente. Porque si no, ¿qué espectáculo más español, más brutalmente español, que el de ver á unos millares de hombres levantarse como movidos por un resorte, arrodillarse cada cual en su asiento, rezar fervorosamente, y al resonar el clarín, exclamar con voz entrecortada por la embriaguez de la fiesta: «¡Morra! ¡tumbón! ¡borracho! ¡al toro, al toro!»; todo esto entremezclado de esas expresiones que tanta energía dan al lenguaje pero que no pueden todavía ponerse en letras de molde?

¡Y otra vez las tripas de los caballos por el suelo, y la vida de los toreros en peligro, y la sangre arrojando la arena, y los insultos vibrando en el aire entre coros de voces enronquecidas... Y ¡viva la fiesta nacional! ¡y la gracia torera! ¡y tu mare! ¡y er niño!

Y si después, al salir de allí, haciendo comentarios sobre la muerte de *Maoliyo*, y recordando su historia, tristes los unos, coléricos los otros, hubieran tropezado con el viático, ¡hubiera sido ya el colmo de lo español el ver caer nuevamente á todos de rodillas, descubrirse, inclinar la cabeza, y al levantarla proseguir en sus vociferaciones, sus invectivas, sus frases tan pintorescas como malsonantes!...

Esto, esto hubiera sido lo genuinamente español, la *chipén*, lo puro... Mas ¡ay! que la aminoración del sentimiento religioso, tan estrechamente unido al nacional, va tan de prisa, que temiendo estoy que á la primera fiesta en que muera un torero, veamos ya establecida la reforma que algunos han pedido, y que hará ¡oh vergüenza para la patria de los Romeros, los Costillares y los Montes! que se suspenda en el acto la corrida. Y entonces, ¡adiós todo! uso, costumbre, tradición...

Y será cosa de emigrar de España.

BRONCA EN SAN ILDEFONSO

En el mes de Mayo ha habido dos motines en esa iglesia; por algo El Morin es su feligrés honorario. El primero fué de poco fuste: cuatro gritos, diez ó doce soponcios... nada, como quien dice: un alboroto de menor cuantía. Pero el segundo, ¡oh, el segundo si que dió gusto á los aficionados! Tres devotas lesionadas, en la casa de Socorro... muchas más curadas en sus domicilios... contusiones y magulladuras por docenas... pisotones por cientos... No se puede pedir más por tan poco dinero como cuestan esos espectáculos. Pero procedamos con método.

LA CAUSA DE LA ALARMA

La de siempre. El santo temor, y no de Dios, que les ha entrado á los beatos. ¡Qué poco tranquilas deben tener sus conciencias cuando tanto temen! En vez de ir á la iglesia llenos de fervor, pensando en éxtasis divinos, en delirios celestiales, llevan la cabeza llena de terrores; en todas partes creen ver bombas de dinamita; sueñan con incendios, con hun-

dimientos, y claro, el menor ruido los espanta, el más insignificante grito los dispersa.

Así ocurrió en San Ildefonso el último día de Mayo. Una niña, medio asfixiada por la aglomeración de gentes y la combustión de las luces, cayó al suelo con un síncope, y no hizo falta más para que todo bicho viviente intentara escapar. —¡Fuego! —gritaban unos. —¡Una bomba de dinamita! —exclamaban otros. —Pero que, ¿dónde está la bomba? —preguntaban los más serenos. —Creo que aquel hombre la lleva escondida en el pantalón —le respondían. —¡A ver, que le detengan, que tiene cara de anarquista! —Mas á todo esto todos procuraban salir, derribando cuanto encontraban por delante.

¡V.E. VITIS!

¡Ay de los vencidos! es decir ¡ay de los que caían á tierra! Los pisoteaban, los magullaban, pasaban sobre ellos con la misma indiferencia que sobre las losas del pavimento. Nunca como entonces pudo aplicarse el antiguo cantar:

«No hay quien levante á un caído
ni quien la mano le dé»

SACRAMENTO EX COCHE

Con motivo del tumulto, se dió un espectáculo tan nuevo como original. El párroco, que se había revestido para ir á dar la unción á los moribundos que pudiese haber en la casa de Socorro, se encontró en la calle á una señora á quien llevaban en estado gravísimo en un coche; mandó parar éste, entró en él, y despachó su tarea con bastante prontitud y limpieza.

Siempre es un progreso, pero creemos que el obispo no debía dar alas á ese celo, porque pudiera llegar algún cura poco avisado á creer que podía prestar al aire libre sus servicios espirituales al respetable público, montado en una carretela, que todo puede esperarse de los espíritus innovadores, y esto no sería de buen efecto.

RESULTADO DE LA JORNADA

Además de las tres señoras asistidas en la casa de Socorro y de las que pasaron á curarse en sus domicilios, en las farmacias inmediatas al templo y en varios establecimientos públicos se prestaron auxilios á varias personas desmayadas las unas y más ó menos contusas las otras.

Hubo muchos niños y niñas que se perdieron entre aquella confusión, y pérdidas materiales, las de siempre: faldas, mantillas, devocionarios, etc., que quedaron esparcidos por el templo.

Y hasta el próximo alboroto, que se celebrará en breve, si Dios no infunde más fe, más serenidad y más alientos á sus fieles, ó si éstos no huyen prudentemente de las iglesias como hace tiempo tiene el honor de hacerlo su atento seguro servidor y capellán,

El Morin.

PRUDENCIA Y MALA INTENCIÓN

Tropezó un obrero con el Viático en Palma de Mallorca, no se descubrió ni se arrodilló por creerse amparado por los artículos 236 y 238 del Código penal vigente, y recibió tres ó cuatro apabullos y le impusieron después veinte pesetas de multa.

Gentes cándidas hay aun por el mundo. ¿De dónde

sacó ese infeliz que la ley sirve para algo tratándose de tales cosas? En estos tiempos

de pudibundos maestros
pecadores y contritos
que andan cambiando delitos
á cuenta de padr-nuestros,

como dijo Leopoldo Cano, la ley se vela siempre que se trata de halagar á la reacción clerical:

Por eso, cada vez que llega á mis oídos la noticia de que ha habido alguien que, juzgándose amparado por la ley, se ha negado á decretar actos religiosos que rechaza su conciencia, lo admiro como héroe, pero estoy tentado á censurarlo por inocente; que no otra cosa es el que hoy se expone á un disgusto por rendir culto á sus convicciones.

Y en esto hablo por experiencia propia; que yo también he sido inocente, ya que no héroe; y en qué tiempos! allá por el 68, antes de la revolución y mandando González Brabo. Fué una inocentada que pudo costarme bien cara, doblemente siendo militar, como lo era entonces. El caso ocurrió así:

Acababa yo de llegar á Madrid, y, por conducto de un hermano suyo, trabé relaciones literarias con Pérez Escrich; y como éste ha sido siempre tan sencillo, tan franco y tan noble, me encantaba su conversación, y muchos domingos iba á verle á Pinto, donde á la sazón residía.

Una de las veces, en que me acompañó Federico Moja, al doblar una esquina divisamos allá á lo lejos una procesión. Tratamos de volver sobre nuestros pasos, creyendo que nadie nos había visto; pero ¡que si quieres!; aunque dicen que la fe es ciega, el cura nos vió, comenzó á vociferar, y, abandonando el santo, se dirigió furioso hacia nosotros seguido de unos cuantos tagarotes que gruñían, mugían ó rebuznaban haciéndole coro, según los instintos y aficiones de cada cual. Y había que ver á Federiquito y á Pepito acorralados por aquella jauría, sombrero en mano y soportando en silencio los denuestos, las injurias y las amenazas de aquellos benditos.

Cuando soltaron la bilis almacenada, ó comprendieron que Moja y yo estábamos firmemente decididos á no darles juego, se retiraron y pudimos llegar sanos y salvos á casa de Escrich.

Indudablemente, y desde el punto de vista de la heroicidad, debí desafiarse á los enemigos y perecer como un mártir de la incredulidad; esto no lo discutí; pero mirándolo desde un punto de vista más práctico, creo que hice perfectísimamente en callarme, pues de lo contrario, no hubiera tenido más tarde el gusto de crear los *Sábados clericales* en *El Globo*, y más tarde aun los *Manojos de flores místicas* en *EL MOTIN*, que, modestias á un lado, algo y aun algo han contribuido á moralizar á los congéneres de aquel humilde sacerdote que se me arranco en Pinto.

Desde aquel día huyo como de la peste de todos los lugares en que pueda tropezar con curas en el ejercicio de sus funciones; y si alguna vez emparejo con ellos, y no me es posible escurrir el bulto, me descubro sin jactancia á la vez que sin hipocresía, y dejo pasar el chubasco. No sé para lo que me reserva la Providencia todavía, y no quiero burlar sus designios con actos muy honrosos en lo tocante á la pureza de la convicción, pero muy reñidos con la salud del cuerpo y del alma si conviene.

Aconsejo á mis lectores que me imiten, siempre que sea con el santo propósito de conservarse incólumes para poder en un día dado, si Dios fuere servido, cobrarse, como yo me he cobrado, las cuentas atrasadas con los réditos, cada cual dentro de sus condiciones y de su esfera de acción; que no están los tiempos para heroicidades aisladas, sino colectivas á estilo de la última de Valencia, y nada gana la causa del sentido común con que un ciudadano vaya unos días á la cárcel, privando así á sus hijos del sustento que les proporciona su trabajo.

Antiguamente, aquel á quien le pasaba un percance de estos, sabía de antemano que contaba con todos los que amaban la libertad; hoy, unos por cobardía, por hipocresía otros, muchos por conveniencia, los liberales no se cuidan de estas cosas, y entre los republicanos á lo mejor salta un Carvajal alardeando de católico en dulce consorcio con los neos; desdichas de los tiempos, que van poco á poco preparando otros en que la farsa acabe y la libertad sea un hecho.

Termino, por lo tanto, repitiendo que debe huírse de los curas en ejercicio; y cuando esto no sea posible, que se haga de tripas corazón, y se lleve uno la mano al sombrero. Después de todo, algo se ha adelantado. Antes les parecía poco el tomarse la cabeza del que no era católico, y ahora se contentan ya con que se quite el sombrero; un pasito más, y todo quedará arreglado.

Mi consejo, sin embargo, no reza con los que se sientan con irresistible vocación de mártires; éstos pueden contar siempre con mi admiración y mi respeto, ya que no con mi aplauso.

LA CARICATURA

Estos tiempos, tiempos son de gran progreso evidente; ¡qué pujos de devoción nan entrado de repente en la española nación!

Vuelve el elemento neo á urdir su tela de araña: de Cádiz al Pirineo parece que cubre á España un descumunal manto.

Como siga esta corriente de tan fervoroso influjo, veremos diariamente lo que muy gráficamente expresa nuestro dibujo.

Si un *rata* busca la plata de cualquier hermano en Cristo, irá como una beata de su rosario provisto para dar mejor la lata.

Se tendrá por gran ventura besar la mano de un cura, aunque antiguo adagio reza que la gente de tonsura tiene horror á la limpieza.

Será costumbre corriente santiguarse al levantarse, y así podrá el buen creyente por sí mismo cerciorarse de si ha crecido su frente.

Los más insignes *gomosos* se sentirán religiosos, y tendrán por moda al fin el rasgar los salerosos artículos de *EL MOTIN*.

Habrán muchas procesiones: los más sesudos varones aceptarán como gangas ir cargados con las mangas al lado de los pendones.

No será buen ciudadano digno de la tierra hispana, quien no asista muy temprano y oiga sin levantar mano diez misas cada mañana.

Y después ¡azote fiero!, ¡nada de andar con pamplinas! ¡que sufra el cuerpo grosero! Duro con las disciplinas y á cu...erpo de pajarero.

Caigan rotas y maltrechas nuestras pieles á pedazos por el látigo deshechas, á ver si con zurriagazos logramos buenas cosechas.

Y hartos de piadoso celo, viviremos en el suelo sin aprensión, sin decoro, sin honradez, pan ni oro, más ganaremos el cielo.

COMIENZAN LOS RUGIDOS

La propaganda anticlerical que hemos emprendido dando por la *tercera parte* de su valor los libros que se administran en la redacción de *EL MOTIN*, comienzan á sacar de quicio á la gente nea.

Un correligionario de Doña Mencía nos pidió unos libros, los distribuyó entre los que habían escotado para hacer el pedido, y empezaron á circular por el pueblo que era una bendición de Dios. (?)

Sábelo el párroco y hasta ve algunos libros, se pone hidrófobo, se dirige al alcalde, tal vez diciéndole que aquellos malditos libros *iban á abrir los ojos á los vecinos, y á impedir que algunos los explotaran á sus anchas.*

El alcalde, usurpando atribuciones que no tenía, requirió á nuestro amigo para que le entregara los libros en calidad de depósito y se los reclamase en la forma prescrita por las leyes; él se los entregó, y ahora nos pregunta qué debe hacer para que le devuelvan lo suyo. Se lo diremos por el correo, previa consulta á un abogado de fama.

Lo que hacemos público para que, si algún otro monterilla, por sí, ó siguiendo consejos del cura, reclama libros á algún amigo, éste se niegue á entregárselos por su propia voluntad; que los entregue, sí, porque hay que obedecer á las autoridades, pero haciendo constar que son de su propiedad, y que se atenga contra ella; que lo que luego resulte, ya lo verán los que cometan el atropello.

Por lo demás, conste que nos complace el ver que salen de quicio los curas al iniciarse la propaganda, y que les auguramos muchos disgustos; porque en

cuanto se acaben las obras almacenadas, las reimprimiremos, y allá veremos quién vence á quién

DISPAROS

Saludamos fraternalmente á *El libre examen*, órgano de la *República y el libre pensamiento*, que ha comenzado á publicarse en Madrid, no habiéndolo hecho antes por no haber recibido hasta ahora el primer número; y aceptamos gustosos y honrados la ayuda que nos ofrece para combatir al clericalismo, ayuda que será poderosa á juzgar por los notables trabajos que publica.

Si en algo podemos complacerle, disponga de nosotros.

El día 28 cayó al suelo en la plaza de Bilbao un hombre que llevaba una criatura entre sus brazos.

Conducido á la casa de Socorro del distrito, los médicos certificaron que dicho individuo había fallecido de hambre.

Los *padres de familia*, que tan á punto se hallan para evitar la seducción de las jóvenes en el momento preciso, sin duda no llegaron á tiempo de evitar la caída y la muerte por hambre de este otro padre de familia.

El *Correo* extraña que la proposición presentada por los republicanos en el Congreso, pidiendo la supresión de las corridas de toros, no lo haya sido por el conde de Canga Argüelles en el Senado.

El colega olvida sin duda que el apojío del toreo ha coincidido siempre en España con el de la beatitud, y que nuestro catolicismo nunca ha sido enemigo de los cuernos, sino todo lo contrario.

MANOJO DE FLORES MISTICAS

El hermano Labré (digo, no), el hermano Aimé, profesor del colegio de la Purísima Concepción (digo, no), profesor de la escuela Congregacionista de la calle de Atocha (digo, no), de Saint-Claude, en Madrid (digo, no), en Creuzot, ha sido preso por atentados al pudor en los niños á su cargo. Ya son conocidos once víctimas.

Al ser conducido desde la cárcel á la estación del ferrocarril, la multitud, que quería matarlo, le propinó una silba monumental.

Al ver la frecuencia con que se repiten ciertos hechos, pienso en los padres que envían sus hijos á los colegios clericales, y exclamo: «¿Pero es que se olvidan de aquello de que quien quita la ocasión quita el peligro?» Y me estremezco ¡ay! al pensar en la ceguedad humana, á pesar de que el clero trata de que abran el ojo los inocentes para no caer en la sima del pecado.

Manuel Beltrán García, de profesión párroco, ha desaparecido de Santa María de Castro del Rey.

El vicario general del obispado lo cita y emplaza para que se presente á desempeñar su oficio y responder de no sé qué cosas, y el cura se ha ido el muerto.

¡Ah! Quizá el *tirano amor, rapaz vendado*, sea la causa. Si así fuere, queda perdonado por mi parte. ¡Es tan dulce su yugo y son tan imperiosos sus mandatos!

Murió una señora en Salinas y dejó una manda para los pobres.

El cura se encargó de repartirla, y descontó á cada pobre lo que, según él, le debía por misas, entierros, bautizos, etc., quedándose así con su parte. Al que no estaba en *descubierto*, le pedía algo para hacerle no sé qué á la virgen, y total igual; el heredero resultó el cura.

¡Y qué tranquilo cenaría aquella noche con el ama de su corazón, sin pensar en los pobres que ayunaban!

BIBLIOGRAFIA

El partido único y el programa común, por Darío Pérez. Calatayud, tipografía de *La Justicia*, 1894. Precio 0,50 pesetas.

Su ilustrado autor ha tocado la cuestión que el título indica, con gran amplitud y altura de miras, sin exclusivismos ni intransigencias. En el próximo número hablaremos con alguna extensión de este notable folleto.

Hemos recibido los cuadernos 292 á 310 de la *Historia de España* por Don Miguel Morayta, y los 266 á 283 de la *Historia de la Guerra civil*, por Don Antonio Plana, cuyas obras publica la casa editorial de Don Felipe González Rojas.

Se suscribe á ambas obras y al precio de 2 reales cuaderno en casa de su editor calle de San Rafael, 9, barrio de Pozas, Madrid, y en las principales librerías y centros de suscripción de España y Ultramar.

ADVERTENCIA

Para combatir la reacción clerical que se nos ha echado encima, desde esta fecha, y como propaganda, daremos á los particulares, no á los libreros, todos los libros anticlericales que se administran en la redacción de EL MOTIN á la tercera parte de su valor. Pidanse catálogos.

Imprenta. Plaza del Dos de Mayo, 4.